

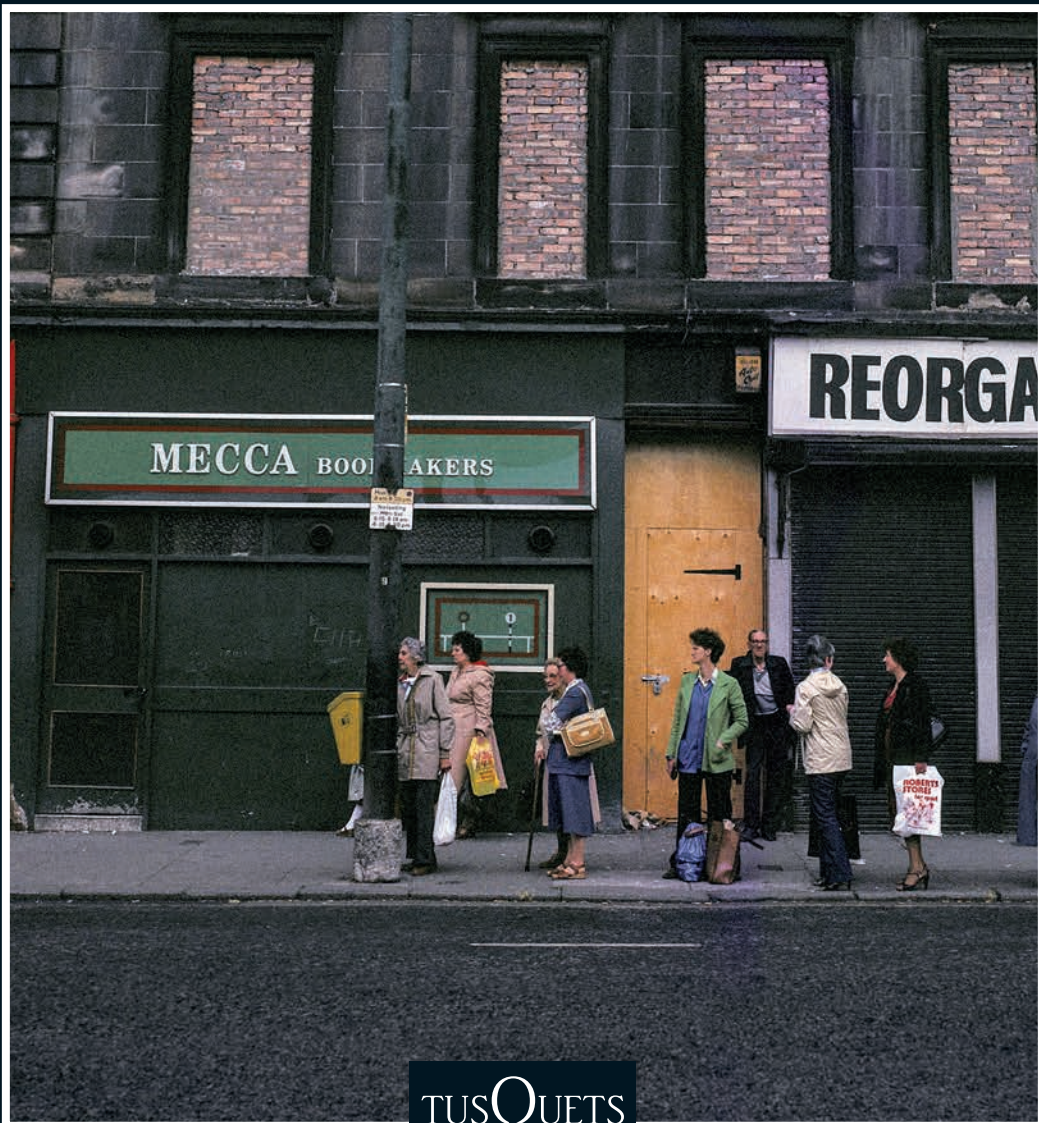
Alan Parks

UN MAYO FUNESTO

SERIE
**HARRY
McCOY**



colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ALAN PARKS
UN MAYO FUNESTO

Traducción de Juan Trejo

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *May God Forgive*

1.ª edición: mayo de 2024

© Alan Parks, 2022

© de la traducción: Juan Trejo Álvarez, 2024

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-384-4

Depósito legal: B. 6074-2024

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



McCoy casi había llegado a la calle Wilson cuando empezó a oír el alboroto. Gente gritando. El ruido de los cascos de los caballos de la policía en el asfalto. Y después, una especie de cántico que al principio sonaba tranquilo. McCoy apenas pudo distinguir qué decía, pero a medida que se aproximaba a los juzgados el vocerío fue haciéndose más y más fuerte. En ese momento, sí entendió lo que la multitud estaba coreando:

«¡QUE LOS AHORQUEN! ¡QUE LOS AHORQUEN! ¡QUE LOS AHORQUEN!».

Giró por la calle Brunswick y se detuvo en seco. Frente a la entrada de los juzgados había, como mínimo, unas doscientas personas. Eran tantas que desbordaban la acera. El tráfico estaba detenido en ambos sentidos, los taxistas sacaban medio cuerpo por la ventanilla para ver qué pasaba, los autobuses, recalentados, humeaban en aquel ambiente húmedo.

No vio a Murray por ninguna parte. La multitud ocupaba totalmente la calle. McCoy, que entendía que la discreción era la parte más apreciable de la valentía, empezó a gritar: «¡QUE LOS AHORQUEN! ¡QUE LOS AHORQUEN!», junto al resto de los allí presentes. De ese modo, pudo abrirse paso. La multitud estaba formada por todo tipo de personas. Tuvo que apartar a hombres, mujeres e incluso niños pequeños. Algunos portaban pancartas caseras pegadas a varas de madera; otros, paraguas o impermeables sobre sus cabezas; todos lucían el mismo gesto contraído debido a la ira.

Los gritos eran cada vez más exaltados y la multitud avanzaba

hacia la entrada de los juzgados. McCoy se dejó arrastrar, no podía hacer nada. Estaba apretujado entre un hombre con chaqueta vaquera y bigote estilo Zapata y una mujer de mediana edad, de las que suelen verse en primera fila en los combates de lucha libre que emiten por la tele, acostumbrada a gritar pidiendo sangre.

Lo único que mantenía a la multitud a cierta distancia de la entrada de los juzgados era una hilera formada por unos veinte agentes uniformados con los brazos entrelazados, acompañados por dos policías a caballo que se servían de sus cabalgaduras para bloquear el paso. McCoy llamó la atención de uno de los agentes, que lo reconoció.

—¡Por aquí, señor McCoy! —le gritó—. ¡Por aquí!

McCoy se esforzó por llegar hasta la primera línea del gentío y se agarró del brazo del agente.

—Gracias, Barr —dijo, palmeándole la espalda—. Me has salvado la vida.

Barr asintió e hizo una mueca cuando un cartel en el que podía leerse OJO POR OJO le arrancó la gorra.

—Maldita sea —dijo McCoy—. Necesitáis más efectivos aquí, ¿no te parece?

—Eso está claro —respondió Barr—. Se supone que están viniendo de la Central. Pero aún no han aparecido.

—¿Has visto a Murray? —McCoy tuvo que gritar, habían retomado las proclamas.

—¡Goldbergs! —Barr logró apartarse antes de que la multitud arremetiese de nuevo.

McCoy miró calle abajo y pudo ver a Murray, con un abrigo de piel de cordero y un sombrero de fieltro, refugiado en la entrada trasera de los grandes almacenes. Miraba directamente a McCoy y negó con la cabeza. McCoy no podía oírle, pero lo más probable era que Murray estuviera mascullando: «Maldito payaso».

McCoy se apresuró a bajar por detrás de la hilera de agentes, cruzó por entre los coches detenidos en la calle Wilson y se reunió con Murray.

—Pensé que tenías que verlo con tus propios ojos —dijo Murray—. Para enterarte de qué va la cosa. Pero no esperaba que te metieras en el ojo del huracán.

—No se me ocurrió ninguna otra opción. Me imaginé la locura que sería todo esto. He temido que me pisotearan. Necesitan refuerzos.

—No me digas... Acabo de pedirle a Faulds que llame a la caballería —dijo Murray—. Pero gracias por el consejo.

—¿Había visto algo así alguna vez? —preguntó McCoy. La multitud se preparaba para arremeter otra vez contra la policía.

—En una ocasión —respondió Murray, mientras rebuscaba la pipa en los bolsillos de su abrigo—. Peter Manuel. En 1958. Solo llevaba una semana de servicio. Intenté mantener la línea, como están haciendo ahora esos pobres desgraciados. Una mujer me escupió en la cara. No sé qué creyó que había hecho yo. No había matado a nadie. —Murray encontró su pipa, se la metió en la boca y miró a McCoy. No parecía contento—. Estás hecho una mierda.

—Tendría que haberme visto hace tres semanas —replicó McCoy.

—Por fin —dijo Murray, señalando por encima de la cabeza de McCoy, que se dio la vuelta para ver cómo se aproximaba un furgón azul de la policía hasta la multitud allí congregada. Se oyeron gritos y abucheos cuando una docena de agentes uniformados se apearon e intentaron abrirse paso hasta la entrada de los juzgados. No tuvieron mucha suerte. La gente se negaba a dejarlos pasar, agitando frente a sus narices los carteles de madera en los que mostraban sus enojadas proclamas pintadas en letras rojas y negras:

ACORDAOS DE LAS CHICAS DE LA PELUQUERÍA.
¡SIN PIEDAD PARA LOS ASESINOS!

En la acera había una fila de mujeres con la cabeza gacha, en señal de oración, con las primeras páginas de los periódicos pegadas en tablas de madera.

Un hombre que vestía un mono de trabajo manchado de pintura se subió encima de un buzón y empezó a gritar, con las manos alzadas como un director de orquesta:

—¡QUE LOS AHORQUEN! ¡QUE LOS AHORQUEN!

Lo repitió una y otra vez hasta que los allí presentes secundaron sus gritos.

—¡QUE LOS AHORQUEN! ¡QUE LOS AHORQUEN!

Los refuerzos policiales lograron finalmente abrirse paso entre la multitud y formar otro cordón de seguridad justo detrás del primero. Una doble hilera de policías de rostro adusto, con los brazos entrelazados y la mitad de las gorras desaparecidas durante el forcejeo. Cuando los gritos se hicieron más intensos, una botella voló por el aire y fue a estrellarse contra el suelo a los pies de los policías. Hubo un momento de silencio, de respiración entrecortada de la multitud, y luego empezaron los vítores. Otra botella surcó el aire, luego otra más. Una mujer que estaba junto al cordón policial cayó al suelo, con las manos en la nuca y los dedos manchados de sangre.

—Dios santo —exclamó McCoy—. Esto se está saliendo de madre.

Se volvió para decirle a Murray que tenían que hacer algo, y se dio cuenta de que este se había desplazado hasta un coche patrulla aparcado en la calle con la puerta abierta. Estaba inclinado, dándole instrucciones a Hughie Faulds, que, sentado en el asiento del conductor, tenía el *walkie-talkie* en la mano. McCoy vio que Faulds asentía y, acto seguido, decía algo por la radio. Se volvió hacia la multitud y vio a la mujer herida sentada en el bordillo, con su abrigo azul pálido manchado ostensiblemente de sangre. Una niña de seis o siete años, a su lado, lloraba a lágrima viva; había dejado tirado junto a la alcantarilla el cartel que llevaba consigo.

—Menuda mierda —declaró Murray, de nuevo a su lado—. ¿Es que han perdido el juicio?

—No lo entiendo —dijo McCoy observando cómo un hom-

bre entre la multitud alzaba a su hija sobre sus hombros para que pudiera ver mejor—. ¿Por qué hicieron algo así? ¿Quién quería matar a tres mujeres y dos niñas?

Murray apretaba entre los dientes la cánula de su pipa sin encender; era imposible encenderla bajo aquella lluvia.

—Uno de ellos tiene antecedentes. Prendió fuego a un garaje y también a su escuela de primaria. Un pirómano.

—¿Y los otros dos? —preguntó McCoy—. ¿También les va ese rollo?

Murray negó con la cabeza.

—No son más que dos chavales, al parecer, delincuentes de poca monta.

—¿Entonces? —inquirió McCoy—. ¿Los otros dos estaban de paseo y les dio por matar a cuatro personas?

«¡QUE VUELVA LA HORCA! ¡QUE VUELVA LA HORCA!»

Murray señaló hacia la multitud con su pipa y se vio obligado a alzar la voz.

—No creo que a estos payasos les importe gran cosa. Lo único que quieren es sangre.

—Me dijeron que en la calle Tobago recibieron un chivatazo. ¿Es cierto?

Murray asintió.

—En casos como este, con jovencitas muertas, hasta los malos de la película quieren que todo se resuelva rápido; no se respeta el código de honor de los maleantes. Hubo una llamada anónima a la comisaría de la calle Tobago. Dijeron que había tres chicos en un apartamento en Roystonhill. Los detuvieron. Uno de ellos todavía guardaba el recibo de la gasolina en el bolsillo del pantalón. —Miró hacia los juzgados—. No han perdido el tiempo: hoy mismo van a leerles los cargos.

—Si consiguen que pasen entre la multitud —repuso McCoy mientras los agentes intentaban contener la marea humana. Un puñado de fotógrafos de los periódicos vespertinos se apiñaban bajo un toldo al otro lado de la calle, mascando chicle, con cara de aburrimiento, esperando.

—En la calle Tobago han tenido mucha suerte —comentó

McCoy—. Faulds es el único policía bueno que tienen. El resto son unos inútiles. El único modo de resolver este caso era gracias a un chivatazo.

Murray volvió a guardarse la pipa en el bolsillo.

—Sí, bueno. Es posible que esté en mi mano cambiar eso.

McCoy se lo quedó mirando.

—¿Qué quiere decir?

—En la calle Pitt han tenido una gran idea. Quieren que dirija las dos comisarías.

—¿Y qué les ha respondido?

—¿Tú qué crees? La calle Tobago es una puta desgracia, lo es desde hace años. Necesitan a alguien que... —Se detuvo. Señaló—. Ay, Dios. Ya estamos.

Una furgoneta azul marino del servicio penitenciario enfiló la calle Ingram. Durante un par de segundos, todo quedó en silencio, pero al instante alguien gritó: «¡Son ellos!», y no hizo falta nada más. Todo se desmadró.

La multitud atravesó los cordones policiales y se abalanzó sobre el furgón. Golpearon los laterales con los puños, dieron patadas, utilizaron los palos de sus pancartas para intentar romper las ventanillas. Los fotógrafos se acercaron todo lo que les fue posible sin ser pisoteados. El conductor de la furgoneta siguió avanzando, de manera lenta y constante, porque sabía que si se detenía estarían perdidos. Un hombre cayó al suelo cuando el espejo retrovisor de la furgoneta le golpeó en la cabeza. Una botella de cristal estalló contra el parabrisas.

«¡A POR ELLOS! ¡A POR ELLOS!»

El cordón policial se abrió durante unos segundos y la furgoneta giró y aceleró por la rampa hasta la entrada de los juzgados. La hilera de policías volvió a unirse con rapidez, los agentes apartaban a la gente mientras la persiana de hierro de la entrada para vehículos descendía y la furgoneta se perdía de vista.

Y con la misma rapidez con la que todo había dado comienzo, el caos se disipó. Las proclamas se acallaron y la multitud empezó a dispersarse. La gente recogía los carteles rotos, murmuraba entre sí que la policía había sido demasiado dura, se

sentaban en la acera para inspeccionar sus cortes y magulladuras. Los fotógrafos sacaron las películas de sus cámaras y entregaron los carretes a los muchachos que debían llevarlos a todo correr a las redacciones de los periódicos.

McCoy y Murray permanecieron bajo la lluvia, observando la escena que se desarrollaba ante ellos.

—Las multitudes pueden ponerse bravas —dijo Murray—. Son peligrosas. Lo vi cuando estuve en el ejército. En Palestina. No me apetece en absoluto volver a ver algo así. —Extendió el brazo, hizo una mueca y lo retiró—. Pensaba que la maldita lluvia desanimaría a esos cabrones.

—No creo que nada vaya a desanimarlos —comentó McCoy—. Es un gran día.

—Sí, bueno, no tendrán que esperar demasiado. Es una sesión especial, los acusan de asesinato. No hay posibilidad de fianza. Una comparecencia rápida ante el juez para leer los cargos y ya está. Volverán a salir dentro de quince minutos.

Un taxi dobló por la calle Wilson y Murray alzó el brazo.

—Voy a volver a la calle Pitt. ¿Te quedas aquí a esperar a que salga la furgoneta?

McCoy negó con la cabeza.

—Ya he visto suficiente. Vuelvo a la calle Stewart.

Murray echó a andar hacia el taxi que le esperaba. Se detuvo.

—¿Seguro que te encuentras bien, en condiciones para volver?

McCoy asintió.

—Totalmente en forma. Como un atleta olímpico.